

## Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **47**  
Volume

Número **6**  
Number

Noviembre-Diciembre **2004**  
November-December

*Artículo:*

Editorial.

El hábito de la lectura (o el bello vicio de la lectura)

Derechos reservados, Copyright © 2004:  
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de  
este sitio:

- 👉 [Índice de este número](#)
- 👉 [Más revistas](#)
- 👉 [Búsqueda](#)

*Others sections in  
this web site:*

- 👉 [Contents of this number](#)
- 👉 [More journals](#)
- 👉 [Search](#)



[www.Medigraphic.com](http://www.Medigraphic.com)

## Editorial

# El hábito de la lectura (o el bello vicio de la lectura)

Manuel Quijano

Siendo ésta la última vez que conversamos en este 2004, puedo permitirme ofrecer o reflexionar sobre un tema para que los lectores lo incluyan en sus buenos deseos a cumplir el año próximo.

El hombre es el único animal sobre el planeta que ha sido capaz de registrar información fuera de su cuerpo. Hace cuando menos 25,000 años empezó a representar símbolos e imágenes en los muros de las cuevas de Lascaux, Altamira y varios otros lugares, que transmitían mensajes de los artistas o de los dirigentes de las tribus a los otros miembros; o se dirigían a sus dioses, o mediante esa práctica pretendían dominar poderes externos que los amedrentaban. Después descubrieron un modo para, mediante pequeños símbolos, expresar los nombres de los objetos de alrededor, o de los individuos de su grupo o de las partes de su cuerpo y de los sucesos diarios de su entorno: inventaron la escritura y grabaron sus mensajes en hojas de papiro, más tarde en pergamino y después en papel: ahora se ha llegado a utilizar para el registro metales, como el sílice o tan sólo marcas magnéticas en cintas o materiales especiales.

De cualquier manera la información ahí contenida debe ser captada por la retina, enviada al cerebro por vías especiales y procesada por ciertas neuronas. Pero antes que eso deben haberse creado ciertas habilidades para poder usar esa información; necesitamos haber aprendido a leer, a escribir y a manipular números y símbolos. Nacieron así los rollos y después los libros que, según los diccionarios corrientes son hojas impresas, de papel o vitela, cosidas y encuadradas para formar un volumen: describen el objeto físico pero no su propósito que es preservar, distribuir y permitir la adquisición de bienes culturales, a través de su contenido.

Borges, cuya ocupación por muchos años fue de bibliotecario, decía que una biblioteca era un reflejo del universo. Hablaba probablemente, con modestia, del universo personal y me imagino se refería al método que utiliza cada persona para distribuir sus libros por secciones, agrupándolos por autores, nacionalidades, temas (técnicos, profesionales, literatura, arte...), de lectura frecuente o repetida, clásicos, enciclopedias, diccionarios, de posesión familiar, comprados, regalados, autografiados etc. para terminar con los favoritos, los ocultos o secretos y los prestados que no se piensa devolver. Por eso los lectores crónicos al llegar a una casa extraña revisan con cuidado la biblioteca pues con ello completan, como con un buen retrato, el juicio que se han hecho del pro-

pietario. Esto además del reflejo condicionado que padecen, de constatar lo que en un momento dado lee el amigo, el vecino, el desconocido que encuentran en el autobús o el avión o cuya oficina visitan.

En el prefacio a un libro mío de reciente aparición, Ruy Pérez Tamayo me llamó lector crónico y considero que atinó. Lo he sido, lo sigo siendo, y entre las satisfacciones de mi vida cuento con que mis hijos también adquirieron ese hábito y, con ejemplares sustraídos de mi biblioteca, iniciaron la suya propia que ahora tiene ya vitalidad independiente. Por cierto Borges era un lector crónico que aprovechaba sus viajes en tranvía para leer *Las Mil y Una Noches*.

Pero, ¡atención! debe advertirse que ser lector no es una característica virtuosa ni forzosamente saludable o recomendable pues entre sus filas pueden encontrarse desde amantes del saber, hasta simplemente curiosos mórbidos, ociosos, desocupados, inútiles, aburridos empedernidos etc. que, en una sala de espera, se entretienen con una revista de modas o de automóviles. No obstante nadie se opondría a que un niño de 8 años que se interesa en leer cuentos de hadas lo haga o, si es un poco mayor, lea aventuras de piratas, vaqueros o exploradores de tierras vírgenes; por una parte estimularán su imaginación –cosa útil para el resto de su vida– le enseñarán a respetar el valor y el coraje cuando se emprende cualquier tarea, lo harán altruista, con empatía para los seres humanos bien intencionados y rechazo a los ambiciosos sin escrúpulos, y se hará de prototipos o modelos a quien admira y desea imitar. Ese niño pasará pronto a leer biografías que le enseñarán historia y conformarán su estructura moral. El peligro de volverse pedante existe, sin duda, pero ahí podrá intervenir la influencia de los padres inteligentes, de profesores y compañeros mayores que, sin extirparle el hábito, lo aficionarán también al juego colectivo, al deporte y al ejercicio físico.

Por cierto, contrariando un dicho más o menos extendido de que libro que se empieza hay que terminarlo, debe mejor recomendarse al que se inicia en la lectura, que no hay que perder el tiempo leyendo algo que no nos gusta. Puedo asegurar que, si no exactamente una fuente de placer, leer es siempre el mejor antídoto del aburrimiento. Aunque no sea una herramienta indispensable para el éxito en cualquier actividad, es siempre una fuente de información y conocimiento, nos da una versión de la historia de cualquier materia y...consecuentemente, siembra en el pensamiento preguntas y dudas, y nos saca del dominio de la inocencia y la placidez

(léase aplatanamiento); nos vuelve suspicaces, inquisitivos e inconformes, creativamente inconformes y libres. Y esto es valiosísimo sobre todo en estos tiempos de exagerado pragmatismo, banalidad y sometimiento a los dictados de la moda. Recordemos que, desde Descartes, el mejor método de pensamiento, el enfoque adecuado al emprender cualquier avance, es la duda.

El libro no es sólo un medio de formación educativa o una herramienta de progreso o de avance cultural; es un factor de bienestar, un vehículo para el comercio del espíritu. Los libros son como los buenos amigos que, cuando se les vuelve a visitar, brindan una conversación interesante, con nuevas y frescas ideas: lo que se escapó en la primera lectura se descubre en la segunda. Esto ocurre hasta con los libros de medicina pues, aunque a veces no sean la última edición, pueden presentar al lector enfoques diferentes a un concepto o a un problema. Los libros no sacian ni producen hartazgo; no son producto para el consumismo, no vienen con etiqueta de desechable, se guardan casi con terquedad, son siempre fuente de placer y su posesión motivo de orgullo.

Debido probablemente a la velocidad de la vida contemporánea, la multiplicidad y accesibilidad de las diversiones, la facilidad de distracción en la totalidad de los hogares con la televisión y el contagio social, el hábito de la lectura sería ha disminuido en la época actual, en comparación con lo que ocurría hace cien años en que no era raro que el padre leyera la *Ilíada* después de la cena en la sobremesa y hasta indujera debates entre los partidarios de Aquiles o de Héctor. En efecto, estadísticas confiables aseguran que el número de libros que se leen *per capita* en México en un año es casi ridículo, que los editores se quejan de la poca rentabilidad de sus empresas y que inclusive los gobiernos federal y estatales han establecido programas para estimular la lectura.

Hay críticos que dicen que no se puede enseñar a amar la lectura porque es imposible enseñar a amar; que es dudoso afirmar que la lectura hace descubrir un mundo mejor; que es

posible que dadas las características de la literatura popular en la sociedad actual, más bien se aprendan valores como la codicia, el egoísmo, la veneración del poder, del dinero y de lo superficial y aparente del triunfo social; que ni siquiera se puede asegurar que la buena lectura proporcione sabiduría, ni mayor sensibilidad y que, en cambio, puede generar una proclividad a sentirse elitista y creerse miembro de una cofradía secreta, aristocrática –aunque desdenada y ridiculizada por la mayoría.

Creo que, aunque con dificultad, sí se puede enseñar a amar ciertas actitudes, ciertos hábitos y ciertos modos de vida; desde aficiones a deportes como la natación o el fútbol (incluida la predilección por un equipo en especial), el respeto a los animales, la admiración por las plantas bellas, hasta el amor por la buena música, la pintura y la arquitectura. Personal y experimentalmente aprendí y transmití que las excursiones al campo, la caminata, el ascenso a veces penoso de una cumbre no alta, el placer del refresco o el almuerzo en la altura, el cansancio y el goce del paisaje, de la campiña extensa y plácida, pueden (mediante aprendizaje) amarse desde pequeño tanto como el firmamento en una noche de invierno o una puesta de sol en una clara tarde de verano.

La misión del profesor, y del padre, y de cualquier adulto que se decide a contribuir en la guía de una persona joven, sobrepasa el hecho de proveerlo de útiles para contender con el mundo físico, realista, de alrededor, de la escuela y del hogar, del mundo que él debe conocer, explorar y vencer por sí mismo; y desde hace décadas, tal vez influidos por el predominio del psicologismo, se tiende más a desarrollar el análisis que la capacidad de síntesis, otra tarea inexcusable del preceptor. La misión va más allá, incluye el mundo de la sociedad donde vive, y el mundo espiritual, recóndito, bello o feo, atractivo o repulsivo, permitido o prohibido, y el mundo de la experiencia de otros para que formen parte de su equipaje y sus potencialidades. Y para ello, imbuirle el bello y noble vicio de la lectura constituye una buena arma.